Otros Tiempos

Concha Hernández Romero

Otros Tiempos
Concha Hernández Romero

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16068-12-8

Diseño de cubiertas:
© Juan Saturno Hernández.

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2013 Concha Hernández Romero
© 2013 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Otros Tiempos

Era la primavera de 1955, hacía un día luminoso, María se dirigía a la casa grande, a casa de los Rivero, para empezar en su trabajo. Iba contenta, a su paso varias mujeres del pueblo se pararon para hablar con ella, le preguntaron, le aconsejaron.

—María, pórtate bien, ya sabes la suerte que has tenido. Los señores son muy buena gente y te tratarán bien, además que siendo Teresa la cocinera vas a comer muy bien.

La casa grande, como la llamaban, estaba en mitad del pueblo, cerca de la iglesia y del ayuntamiento, se llegaba a ella subiendo una empinada y empedrada cuesta desde la iglesia.

María se había vestido con la ropa de los domingos, su madre le había dicho mil veces que la primera impresión que una persona tenga de nosotras es muy importante.

Cuando llamó a la cancela, le abrió Celedonio, el chófer de los señores, y conocido de la niña porque también era el sacristán del pueblo. Se encontró con un jardín enorme muy bien cuidado, y por un sendero que lo atravesaba llegó hasta la puerta que se abría en ese momento.

Deslumbrada por la luz de la calle, a María le pareció que la casa estaba a oscuras. Teresa, la cocinera, se apartó para dejarle entrar, y sin hablarle, pero oprimiéndole el brazo como para

darle ánimos, le indicó con la mano que pasara delante. La niña cerró los ojos con fuerza para acostumbrarse a la oscuridad, entonces vio un pasillo largo y alfombrado; a la derecha, cerca de la puerta, había una especie de perchero, más allá una mesa con un jarrón con flores y una bandeja con cartas; a la izquierda, más adelante, otro mueble contenía varios portarretratos con fotos de niños y días felices, también había sillas muy bonitas, espejos, maceteros con grandes plantas. Un mundo nuevo para ella.

María se volvió a mirar a Teresa y ésta le indicó nuevamente con la mano que siguiera. Llegaron a una puerta grande y lustrosa y esta vez la criada se adelantó y dio con los nudillos: —Pasa, Teresa, pasa—, pasaron las dos.

—Señora, ésta es María, la hija de mi prima Pino.

—Hola, María, qué bonita eres, ya me lo habían dicho— y luego, con un suspiro —¡Y tan joven! ¿Cuántos años tienes? —Catorce—.

María no atinaba a decir nada, lo miraba todo con ojos de asombro, era todo tan lujoso, tan distinto a las casas que ella conocía. Miraba las cortinas, los cuadros, las alfombras. Pensaba que nunca había estado en un sitio tan acogedor, y que ojalá su madre fuera tan serena como la señora, y estuviera más tiempo en la casa en vez de estar todo el día de acá para allá, vestida de cualquier manera y sin tiempo ni para peinarse bien.

La señora estaba sentada en uno de los varios sofás que había en la sala, en su falda tenía una labor de punto; en un velador, a su lado, había una lámpara, un libro y unas gafas, vestía una falda gris y un conjunto de punto granate. Estaba ligeramente empolvada y tenía los labios pintados, pero muy poco, casi parecía su color natural: La niña pensó —Si se viste así para estar en la casa, ¿qué se pondrá para salir?

Haciendo un esfuerzo consiguió contestar al saludo: —Buenos días, señora ¿Cómo está usted?

Teresa y la señora sonrieron, pues se había notado mucho que era una frase aprendida y dicha de rehilete, sin pensar. Doña Elena le preguntó:

—María, ¿estás contenta de trabajar aquí?

—Todavía no lo sé, señora.

Esta contestación le valió un disimulado codazo de Teresa que la niña no supo interpretar.

—¿Cuántos hermanos son en tu casa?

—Somos cinco, señora, un chico y cuatro chicas, yo soy la mayor de las chicas, la más pequeña se llama Lucía y tiene cuatro años.

—¿Sabes leer y escribir?

Teresa se adelantó a contestar: —Sí, señora, la niña es muy lista y aplicada—. A María no le gustó que la alabaran estando ella delante, esas cosas la avergonzaban.

La señora vio cómo se ruborizaba y valoró su humildad.

—Bueno, ya sabes— dijo —pórtate bien, y si tienes alguna queja se lo dices a Teresa. Sé bienvenida, María, espero que cuando te lo pregunte otra vez ya puedas decirme si te gusta o no estar en mi casa.

Y dando por terminada la entrevista, se levantó sonriendo y les dijo: —pueden irse—, mientras las acompañaba a la puerta.

Doña Elena era una señora de unos cuarenta y cinco años, rubia, con un cabello muy cuidado y unos ojos azules muy tristes.

Teresa, la cocinera de la casa, que era prima de la madre de María, había pasado por su casa muy contenta hacía unos días. —Pino, la señora me manda a decirte que puedes mandar a la

niña a trabajar a su casa, ¡qué suerte has tenido, con lo buenos que son todos allí! Solo tendrá que hacer los mandados, doblar la ropa, cosas pequeñas, ¡ah, y acompañar a doña Elena cuando ella lo pida! Además, allí comerá muy bien y la vestirán, va a hacerse una señorita, ya verás, no estará morena como las chicas que trabajan en los tomateros. Y los señores son muy espléndidos, toda tu familia ganará si la niña trabaja allí.

Teresa acompañó a María al piso alto, donde estaban los dormitorios de la familia, pero pasaron de largo. Las puertas de los cuartos estaban cerradas y también vio al pasar una habitación con muchos libros, sillones y suelos alfombrados. Teresa le dijo que era la biblioteca, pero la niña no sintió curiosidad como con los dormitorios; el único que estaba abierto tenía un biombo frente a la puerta, tapando el interior de la habitación, pero al pasar la niña notó un gran olor a tristeza. Luego subieron a la buhardilla, allí estaba el cuarto de la criada, había una cama de cuerpo y medio, un armario, una mesilla de noche de una madera oscura, una máquina de coser y una silla. En la habitación había un ambiente que impresionó a la niña, por un momento le pareció que el cuarto estaba como debajo del agua, que tenía ese aire gris y plomizo. Teresa dijo:

—Aquí pondremos una cama pequeña para ti. —La niña se apresuró a decir: —Teresa, yo prefiero dormir en mi casa, por lo menos hasta que conozca más a los señores.

En la planta baja estaba la cocina, que era más grande que la casa entera de María. Tenía una mesa grande, muchas sillas y dos sillones con reposabrazos. En la mesa había una cesta grande con frutas, olía muy bien, a guayabos y a plátanos, a naranjas chinas, había también un queso enorme y muchas otras cosas que la vista de María no logró recoger ni recordar después, cuando se lo contó todo a su madre. Era enorme, muy limpia y muy alegre; entonces la niña cayó en la cuenta de que había